



Trabajos literarios realizados en el

**Taller literario de la Embajada Argentina en Francia**  
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

**¡Mamá Boom Boom! ¡Tire ese avión!**  
Un cuento de **ALFREDO BENIALGO**

## ¡Mamá Boom Boom! ¡Tire ese avión!

Con el paso del tiempo, la memoria de Peggy Sue O' Cleary se había vuelto menos detallista y más esencial; por eso, sus recuerdos se parecían cada vez más a una sucesión de símbolos.

Ahora, por ejemplo, aquella casa en los pantanos del Bayou en la que había estado hacía tantos años, lucía menos miserable y -luminosa que entonces y el camino de tierra que terminaba en el umbral de la puerta de entrada no era ya tan irregular, largo y sinuoso, y ni siquiera nacía en los arrabales de New Orleans, sino en la misma puerta de su pieza en aquel inquilinato neoyorkino al oeste del Río Hudson. Tampoco la asustaban tanto los árboles que lo bordeaban, cóncavos y negros como la garra abierta de un mono; y los ojos de la vieja negra ciega, brillantes y blancos iguales a dos bolas de vidrio lechoso, no le parecían ya tan diabólicos.

La valija de cartón cargada de cosas que habían sido de aquel hombre, y a la que entonces había casi arrastrado por el suelo de tan pesada, era en su recuerdo más ligera que una hoja. Y sus pies, tan doloridos y torpes en los zapatos de taco que imprudentemente se había calzado esa noche, ahora pisaban con firmeza.

El rumor del Missisipi, que fluía hacia las aguas ruinosas del delta, perduraba en sus oídos casi con la misma intensidad, pero no se escuchaba ya el ladrido lastimoso de los perros, ni esa voz a lo lejos, la de un hombre que maldecía a una mujer en creole.

Aquella noche, mientras caminaba bajo una luna arañada por las ramas, de tanto en tanto, el aceite cálido y blando de los recuerdos que le subía desde la entrepierna al pecho le había querido cortar el impulso de continuar avanzando. El sonido de la voz nasal y amorosa cantándole al oído, el paso de esos labios recorriéndole la espalda desnuda, la eterna sonrisa en la boca, los latidos de ese hombre adentro de ella, la costumbre de requintarse un poco el ala del sombrero o esa manía de llevar un clavel rojo en el ojal.

Una noche habían hecho el amor mordiendo ese clavel y él, después, había hablado de algunas pocas cosas de su vida: de un viaje en barco sobre las aguas amarrones de un río anchísimo, de un balcón en ruinas en Montmartre y de su patria que, ella imaginaba, era un interminable desierto verde habitado por caballos y hombres pendencieros y sensuales.

Pero eso había sido antes. Antes, cuando el mundo y el tiempo parecían aquietarse en aquel rincón de la tierra junto al Hudson; antes del abandono, del dolor y el rencor del abandono.

No se detuvo nunca. La tristeza y el odio la empujaban esa noche mucho más que el amor.

Ahora la puerta de la casa se abre antes de que su mano la toque y del interior de la choza brota ese aliento parecido al vapor del pantano a la mañana. Ella entra ya sin el miedo de entonces y alguien cierra la puerta y señala al final de un pasillo el reflejo de una luz ambarina detrás de un cortinado azul.

Un tambor sordo y grave bate su parche cuando Mama Boom Boom la recibe sentada, sonriéndole sin sonidos con su boca de cabra negra sin dientes y mirándola sin ver con sus ojos de leche fría. Ella se queda parada junto a la puerta sin saber qué hacer, hasta que la vieja, extendiendo un brazo de rama seca, la invita a sentarse en un banco cubierto de piel de zorro.

—¿Y qué trajo al Bayou a tan blanca niña? —pregunta la vieja, con su voz de chistido— ¿Qué puede hacer Mamá Boom Boom que no haya sido hecho, o qué decir que no se haya dicho ya?

—¡Quiero que caiga un avión! —contesta ella con una lengua seca de rabia.

—¡Ha... ha... ha! —suena la risa leñosa de la vieja— ¡Cómo no! ¡Que caiga un avión! Pero sepa bien la niña blanca que cuanto más grande el pedido, más pretenciosa es Boom Boom.

Entonces ella abre la cartera, saca un rollo de dinero y lo pone sobre la mesa y, del miedo a que la vieja aún así se niegue, se quita un aro y se va a quitar el otro también y hasta una cadenita de oro con un San Patricio colgándole en el hueco de los senos. Pero la vieja la detiene con un ademán.

—¡Si se paga de más, Vudú no da el milagro! —la reta Boom Boom y saca de los pliegues de su falda, unos huesitos secos de pierna y cráneo de hurón, una moneda rectangular, un cuenco de madera, unas tijeras y un cuchillo con mango de asta.

—Y ¿quién viaja en ese avión? —pregunta mientras extiende sus chucherías sobre la mesa.

—Un hombre —contesta ella.

—Ya veo —dice la bruja, semblanteándola sin verla— Y ¿qué daño ha hecho ese hombre para morir enlatado como carne de cangrejo? ¿Por qué Boom Boom lo va a tirar sin conocerlo?

Y ella, que quisiera explicarle su dolor, pero ¡quién le va a creer que por querer tanto odie así, que no hace más que dañarse y llorar desde que él la dejó y que ya no puede esperar más!

—¡Por favor, Mama Boom Boom! ¡Tire ese avión! ¡Tire ese avión con ese hombre! ¡Tire ese avión en Medellín! —chilla otra vez como una gata pariendo por no saber explicar, clavándose las uñas en las palmas hasta sangrarse y tirándose de los rizos rubios como destellos de sol.

—¡Ya está bien niña blanca! —ruge la vieja negra— ¡Ya entendí! ¡Boom Boom tirará ese avión! ¡Y no me nombre tanto ese lugar! ¿Preciso yo ojos para ver? ¿Mapas para viajar?

Y, mientras recoge con ademanes lentos el rollo de dinero y lo guarda, reniega ofendida en voz baja.

—¡Niña blanca y tonta! ¡Mapas para viajar! ¡Cómo no!

Ella, sentada, moquea todavía y, con esos ojos azules tan grandes y abiertos que tiene en medio del rimel corrido y el chorreado rojo de los labios, parece el fantasma triste de una niña disfrazada de mujer.

—Dame algo de tu hombre —pide la vieja, y ella le va alcanzando todo lo que ha cargado en la valija:  
... unas polainas... unas fotos...

Boom Boom va cortando todo en tiritas y poniéndolo en el cuenco.

... una bufanda blanca... un sombrero...

—¿Y qué hace ese hombre malo? —pregunta la vieja.

... una púa de guitarra... un clavel rojo disecado...

—Canta —dice ella.

... unas cartas... unos guantes...

—¡Ha... ah... ah! —ríe la negra— ¡Mire usted! ¡Un cantor!

... un mechón de pelo oscuro... una pluma...

—Y ¿qué canta tu cantor?

Ella se encoge de hombros, mientras la partitura de una canción se demora en su mano. Hasta que la vieja se la saca muy despacio y la corta en tiras que deja caer en el cuenco.

Peggy Sue se duerme mientras Mama Boom Boom degüella otra vez un gallo de un solo tajo furioso con el mismo cuchillo y vierte en el cuenco la sangre tibia y espesa, siseando como una cobra al acecho de un ratón:

“Vudú, Boutúm y Ojambalá,  
tiren los tres si más ni más,  
ese avión con un cantor,  
cuando quiera volar en Medellín”

El curso del Río Hudson, cuyas aguas tapan ahora los edificios, parece adivinarse corriendo bajo aquella hilera de nubes estiradas hacia el este, hacia el Atlántico. Peggy Sue O’ Cleary se va quedando dormida sentada en el sillón frente a la ventana, contemplándolas, y sus labios, como siempre se mueven sin sonidos cantando aquella vieja canción.

“... Peggy, Mary, Betty, Julie;  
rubias de New York...”